

<http://adex3.fl/FortuneCitycom/NavvBar1/919http://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/NavBar1/919http://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/lick/FortuneCitycom/NavBar1/919>
p:esta es la intención de mi vida//adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/Na101vBar2/919http://FortuneCitycom/NavBar2/919http://adex3.flycast.com/server/sockBar1/919http://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/NavBar1/919http://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/NavBar1/919p://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/Na101vBar2/919http://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/NavBar2/919http://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/NavBar3/919http://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/NavBmoriri corriendo detrñas de ar3/919http://www2.fortunecity.com/cgin/homepage/navbarforward.cgi?from=nav4referer=navbarehttp://www2.fortunecity.com/cgibin/homepage/navbarforward.cgi?from=nav4&referer=navbarem/NavBar1/919p://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/Na101vBar2/919http://adex3.flycast.com/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/NavBvBar1/919http://adex3.flycast.uno mismocom/server/socket/127.0.0.1:2800/click/FortuneCitycom/NavBar1/919http://adex3.flycast.com/server/sockrsl

La Sexualidad de las Moscas

a 58°F y a 43% de humedad, es nula.

I

Camina un alma inmortal
por el sendero de la desesperación
buscando un hueco donde esconderse
de tanta falsedad, llorando.

II

La nubes se estrechan
y un destino no me conoce
pero el cielo me regala
sus lágrimas y me acompaña
en mi larga peregrinación
al fondo de la nada.

III

Sube el sentimiento hacia
la cima ascendiendo por un camino
rocoso, encontrándose con otros
que un día fueron fuertes y subieron,
y pelearon en el intento.

IV

Yo besaré la muerte y coronaré
la cima. Seré un héroe perdido
entre una multitud de cuerpos sin vida
pululando sin dirección ni sentido
por el imposible ámbito de la realidad

Existe un límite para cada cosa, una barrera que divide elementos, una fuerza capaz de destruir montañas, de mover continentes, de secar los océanos... porque quizás ese es el error, pensar que el mundo nunca cambia, y que todo permanece. Esa fuerza es la rutina, el hacer siempre lo mismo.

Bajo el sol de mediodía de un día cualquiera, caminando a ninguna parte, una mujer, de espaldas a lo que fue, con la cabeza fija en el suelo, impulsa sus pasos bajo un pensamiento constante: en el mundo real, a medio camino de todo, entre la miseria y la opulencia, entre las alegrías y las tristezas, entre todo y nada siempre existe un vacío. Un vacío entre el principio y el fin de cada cosa, un vacío donde se puede sobrevivir, un vacío donde lo único cierto... es lo que tú... quieras que sea.

Porque al fin y al cabo, tú construyes parte del destino.

.....
.....

meses, una semana, cinco días, diez horas, doce minutos y un solo segundo para poder llegar a entender que ella también formaba parte del mundo, de un mundo que se movía y giraba y progresaba sin contar con ella.

Y ese pensamiento duró toda la tarde, y la noche, y la mañana.

- Qué te pasa mujer, hoy estás muy rara.

Aquella voz le llegaba de un sitio a miles de kilómetros de distancia, y, de aquella frase sólo pudo escuchar una palabra.

- Mujer, ¡mujer!, ¿Qué carajo te pasa?

Mujer, la había llamado mujer. Carmen se sintió incapaz de recordar la última vez que escuchó su nombre, tuvo la sensación de que en toda su vida solo había escuchado dos palabras, “mujer”, era una de ellas.

- Nada, no me pasa nada. - Respondió casi por instinto.

- ¿Y qué haces que no comes?, ya hemos terminado todos, todos excepto tú.

- Bien, eso está muy bien.

- ¿No vas a traernos el postre?

- ...desde pequeña me educaron para no contestar a mis padres, y luego me enseñaron a no responder al marido, me obligaron a planchar, a cocinar, a lavar y a obedecer, y me explicaron como hay que amar a los hijos, pues bien, he planchado, he lavado, he cocinado, he obedecido, he callado y he amado. Es lo único que he hecho en mi vida, planchar, cocinar, lavar, obedecer, amar y callar, y ahora... os traeré el postre, no me supone nada... puede que sea torpe e ignorante pero hay dos cosas que ahora tengo muy claras, la primera es que estoy harta y agotada, la segunda es que yo soy yo, y tú, eres tú.

Marido de pensar de antaño, ni pudo ni quiso interpretar a su esposa, de modo que guardó silencio, porque comprendía que un mal día lo puede tener cualquiera, y a Carmen, a su Carmen, que también era de carne, era mejor no contestarle

*ya se le pasará,
ya se le pasará.*

Pero a Carmen no se le pasó.

CARMEN, CARMEN.

¿Qué es lo que quiere una mujer?
SIGMUND FREUD (1856-1939)

El mismo despertador de cada día sonó a las seis de la mañana, como ya lo hiciera el día anterior, y el anterior al anterior, y el día anterior del anterior al anterior... y sonó igual que seguramente sonaría el día posterior, y, si nada cambiaba, el posterior al posterior. Sonó exactamente igual que otras muchas veces, sonó del mismo modo que había sonado durante días, durante semanas, meses, años... su sonido, no era nada especial, era un sonido normal, el propio de un despertador barato importado de Japón y fabricado con piezas de China o Taiwan. Era un sonido metálico, de campanillas de latón, estridente, desagradable, repetitivo, pero igual que el de otros miles de despertadores repartidos por todo el planeta y, que dejaban de realizar su función perturbadora en el instante en que su dueño presionara la pequeña clavija que tenía situada en la parte superior.

Pues el despertador sonó...

Pero sonó poco, sonó muy poco, apenas sonó un segundo. ¿Por qué sonó tan poco?, porque la mano que había de presionar la clavija hacía tiempo ya que estaba despierta, expectante.

Era la mano de una mujer.

Ya es la hora, ya es la hora.

Una mujer. Una mujer que yacía tendida en la cama, con los ojos abiertos, atravesando el techo con la imaginación para ver un cielo que se le ocultaba bajo capas de escayola, hormigón y ladrillo, y, que a pesar de faltar poco para el día, se le antojaba negro, sin ni tan siquiera la luz de una estrella.

Una mujer. Una mujer que desde horas aguardaba el momento de abandonar un lecho amoldado a su figura, una figura maltratada, encogida de años de escoba y fregona, de bayetas y trapos para quitar el polvo, y cientos de horas postrada de rodillas. Una mujer de manos ajadas, mil veces quemadas con lejías y jabones, mil veces usadas hasta sangrar por cientos de surcos abiertos hasta la carne bajo los dedos. Una mujer entregada en cuerpo y alma a la carne ingrata de su carne, y a la semilla con la que un día fue fertilizada.

Pero aún así...

Proscrita de su propia vida, entregaba su tiempo a los demás, a su familia, sus vecinos, sus conocidos... cualquiera que necesitara de ella encontraba siempre su mano tendida, sumiendo de este modo su propia existencia a una entrega absoluta, y a una ignorancia total de todo lo establecido más allá de las paredes de su hogar, un hogar hueco y vacío de sentido, de amor, de afecto, de cariño, como los agujeros de los ladrillos que conformaban sus tabiques, un vacío oculto, pero no por ello menos cierto, ni menos real, ni menos tangible. Vacío, vacío, vacío como las exhalaciones de aire sonoro que se suponían palabras de un amor, de un afecto, de un cariño, falsos, falsos, falsos y etéreos como los halagos esbozados por los habitantes de aquella casa ahogada, seres de modales prefabricados.

Y era allí, entre la nada y el todo de la miseria emocional donde Carmen subsistía.

Buenos días vieja tonta, hoy tienes mala cara, y creo que estás más gorda, ¡oh cielos!, cuantas canas... dentro de poco se habrá tornado blanco todo ese pelo... pareces una pasa, mira esas arrugas, dentro de poco te quedará menos por delante que lo que has dejado atrás... el tiempo... es el tiempo... ya casi no te reconoces... bueno, quizás estás exagerando, tan poco eres tan vieja, y tampoco tienes el cabello tan blanco, y las arrugas... bueno... aún las puedes disimular con un poco de maquillaje... casi te diría que... en fin... aún... aún gustas, aunque solo sea a ti. Vamos Carmen, mujer, échate agua y espabila, y prepara el desayuno.

Carmen, un nombre común para una mujer como muchas otras.

Hoy toca tostada, ¿mantequilla o mermelada?, no, la mermelada la puse ayer, mantequilla... bueno... mejor ambas cosas... que elijan. El café hoy está flojo, se me ha ido la mano con el agua, ¡ay!, hoy no estás en lo que debes, hazlo de nuevo, hazlo de nuevo, que si no gusta después es doble trabajo... ¡ah!, no olvides preguntar que quieren de almorzar Carmen, que después pasa lo que pasa y acabas preparando platos diferentes... a lo mejor hoy... bueno, llegan a un acuerdo, ¡ay!, ojalá que lleguen, porque he dormido fatal, y estoy cansada... no me apetece nada hacer las faenas... eres tonta Carmen, eres tonta... eso... nunca apetece, pero es tu obligación. ¡Mira lo que has hecho!, tan preocupada por el café que se te queman las tostadas, doble trabajo Carmen, doble trabajo, y todo por tu culpa, si es que... si es que hoy no estás en lo que debes. Carmen, no olvides darle a la vecina lo que te pidió, que te dijo que era importante, Carmen, no lo olvides, que tu siempre lo olvidas todo... ¡ay! Me parece que hoy las tostadas no las prueban Carmen, pon la magdalenas, no creo que les importe repetir desayuno Carmen, que sí, que sí, que ya se que son quisquillosos, pero te quieren Carmen, entenderán, ellos... entenderán.

Alimentaba sus emociones con los sentimientos enlatados de mil y un seriales de televisión, mil y una historias diferentes pero iguales, mil y una farsas de realidad con final feliz, siempre con finales felices, finales felices y desconocidos, porque siempre una mano egoísta presionaba botones al azar buscando algo diferente, distinto, a su propio gusto, pues poco o nada importaba el deseo ajeno de quien una vez hubo de abrir las piernas para parir, o de quien una vez abrió sus piernas al placer. Y Carmen se conformaba con sus sucedáneos de amor ideal, sus píldoras de aventura, sus comprimidos de incertidumbre, sus grageas de penas o alegrías, su ración, al fin y al cabo, de evasión. Una evasión tan necesaria e imprescindible como el mismo aire, la necesidad de vivir una ficción que le permitiera olvidar, al menos por un segundo, ese ser oscuro que se suponía la muerte en vida de su consciencia, sus sueños, sus aspiraciones, sus secretos más ocultos. Ese ser oscuro que era la normalidad, el monstruo de lo cotidiano, la rutina, el vivir una vida de un día recortado y pegado, y fotocopiado cientos de veces para ir formando años, años iguales, años en serie, años y más años... que en nada se diferenciaban porque siempre respondían al mismo plan establecido, a un mismo modelo único, a un único esquema de pensamiento.

Pero aquel día, Carmen, no pudo llegar a sentir lo mismo que sus personajes, por vez primera a Carmen le fueron indiferente las venturas y desventuras de aquellos seres de fotones encerrados en el tubo catódico de aquel modelo de televisión desfasada y, superada por ingenios de tecnología muy superior. Carmen no sufrió ante la muerte de Maria Antonia, Carmen no se emocionó cuando Carlos Alberto le confesó por fin su amor eterno en la tumba, llorando por la pérdida de su amada, Carmen no se inmutó cuando este finalmente se suicidó incapaz de soportar su soledad, Carmen no se alegró cuando al fin encarcelaron a Augusta, la madre de Maria Antonia y artífice del drama de los dos enamorados... todo, absolutamente todo lo que pasara más allá del cristal le era indiferente, porque por primera vez no supo traspasarlo para integrarse dentro de aquella historia, porque por primera vez no pudo olvidar la suya propia.

Carmen que llevaba la pena tatuada en el rostro y la sumisión clavada en el corazón no pudo expresar emociones aquel día, ni reales, ni ficticias. Su cara se hizo de piedra y su pecho se encendió cuando una sensación, que era nueva, comenzó a abrirse paso por entre sus vísceras, desgarrando su interior con una fuerza desconocida hasta entonces.

Y fue a las tres y doce minutos de la tarde cuando Carmen, por vez primera en toda una vida, tomó conciencia de sí misma del mismo modo que miles de años atrás lo hiciera el primer ser humano, distinguiéndose de este modo del resto de los animales. La evolución de Carmen había necesitado de cuatro décadas, un lustro, dos años, tres